

BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

Año 103

Julio, 1956

Núm. 7

Sección Oficial Diocesana

Secretaría de Visita

Consagración de Aras

Se pone en conocimiento de los Sres. Curas y Rectores de Iglesias que en fecha próxima tendrá lugar la consagración de Aras por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis.

Los que necesiten Aras nuevas o conserven en las debidas condiciones litúrgicas las execradas, deberán entregarlas en la Portería del Palacio Episcopal, antes del día 31 del próximo agosto.

La fecha para recoger las Aras consagradas se anunciará en el BOLETIN.

Salamanca, 15 de julio de 1956.

Francisco Ordiales,
Secretario de Visita

Seminarios Diocesanos

Becas vacantes para el curso 1.956-57

Una de «Don Fernando Valbuena».—Pensión diaria: 1,15 pesetas.
Condiciones: Preferidos domiciliados fuera de la Ciudad, hijos de viuda.

Una de «Don Federico Liñán».—Pensión diaria 2,41 pesetas.
Condiciones: a) Hijos del sobrino de los fundadores, D. José González Orduña.—b) Naturales de Badajoz, si estudian en este Seminario.—c) Alumnos pobres, de buena conducta y nota mínima de Beneficentibus.

Una de «La Sagrada Familia».—Pensión diaria, 1,66 pesetas.
Condiciones: Libre disposición del Prelado; quien, vistas las solicitudes, se atenderá a las especiales condiciones de los solicitantes, según la mente de los fundadores.

Una de «Don Luis Velasco».—Pensión diaria, 1,64 pesetas.
Condiciones: Libre disposición del Prelado.

Una de «Don Lorenzo Niño», denominada de «La Inmaculada Concepción». Pensión diaria: 3,24 pesetas.

Condiciones: a) Mientras vivan los fundadores o sus dos hijos José y Antonio presentarán para el disfrute de la citada beca.—b) Después de su muerte será de libre disposición del Prelado.

Una de «Vivas».—Pensión diaria: 3,05 pesetas.
Condiciones: Libre disposición del Prelado.

Una de «D.^a Paulina Pérez Mirat».—Pensión diaria, 5 pesetas.
Condiciones: a) Parientes de la fundadora o de su esposo, D. Juan Monzón.—b) Naturales de Salamanca conforme al modo que el Señor Obispo ordenare.

Una de «Nuestra Señora de la Encarnación».—Pensión diaria: 12,21 pesetas.

Condiciones: Libre disposición del Prelado, teniendo preferencia los hijos de los hermanos de los fundadores.

Documentos de la Santa Sede

Encíclica «Haurietis Aquas», de S. S. Pio XII sobre el culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús

A LOS VENERABLES HERMANOS
PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMAS ORDINARIOS
LOCALES EN PAZ Y COMUNION CON LA SEDE APOSTOLICA
PIO XII
VENERABLES HERMANOS SALUD Y BENDICION APOSTOLICA

INTRODUCCION

Admirable desarrollo del culto al Corazón Sacratísimo de Jesús en los tiempos modernos.

«Sacaréis agua con gozo de las fuentes del Salvador» (1). Estas palabras con que el profeta Isaías prefiguraba los múltiples y abundantes bienes que habrán de traer los tiempos cristianos vienen espontáneamente a

(1) Is. 12, 3.

Nuestra mente al cumplirse la primera centuria desde que nuestro predecesor, de imperecedera memoria, Pío IX, correspondiendo a los deseos del orbe católico, mandó que se celebrase en la Iglesia universal la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Innumerables son las riquezas celestiales que infunde en las almas de los fieles el culto que se tributa al Sagrado Corazón, purificándolos, llenándolos de consuelos sobrenaturales y excitándolos a alcanzar toda suerte de virtudes. Por tanto, teniendo presente las palabras del apóstol Santiago: «Toda dádiva preciosa y todo don perfecto, de arriba viene, como que descende del Padre de las luces» (2), con toda razón podemos considerar en este culto, que cada día se enciende y extiende por todas partes, el inapreciable don que el Verbo Encarnado y Salvador nuestro, como único mediador de la gracia y de la verdad entre el Padre Celestial y el género humano, ha concedido a su mística Esposa en los últimos siglos en que ha tenido que soportar tantos trabajos y dificultades. Así, pues, la Iglesia, gozando de este inestimable don, puede manifestar más ampliamente su amor a su Divino Fundador y cumplir más fielmente la exhortación que el evangelista San Juan pone en boca del mismo Jesucristo: «En el último día de la fiesta, que es el más solemne, Jesús se puso en pie, y en alta voz decía: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba quien cree en mí. De su seno, como dice la Escritura, manarán los ríos de agua viva. Esto lo dijo por el Espíritu que habrían de recibir los que creyesen en él» (3). Pues, ciertamente, a los que escuchaban estas palabras de Jesús, por las que prometía que de su seno habría de manar una fuente «de agua viva» no les era difícil relacionarlas con los vaticinios con que Isaías, Ezequiel y Zacarías profetizaban el reino del Mesías, y con la simbólica piedra que, golpeada por Moisés, de manera milagrosa habría de brotar agua (4).

La caridad divina tiene su primer origen en el Espíritu Santo, que es el amor personal así del Padre como del Hijo, en el seno de la Trinidad augusta. Con sobradísima razón, pues, el Apóstol de las gentes, como haciéndose eco de las palabras de Jesucristo, atribuye a este espíritu de amor la efusión de la caridad en las almas de los creyentes: «La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado» (5).

(2) Iac. 1, 17.

(3) Io. 7, 37-39.

(4) Cfr. Is. 12, 3; Ez. 47, 1-12; Zach. 13, 1; Ex. 17, 1-7; Num. 20, 7-13; 1 Cor. 10, 4; Apoc. 7, 17; 22, 1.

(5) Rom. 5, 5.

Este estrecho vínculo, que, según la Sagrada Escritura, existe entre el Espíritu Santo, que es amor por esencia, y entre la caridad divina, que debe encenderse cada vez más en el alma de los fieles, nos demuestra a todos abundantemente, venerables hermanos, la naturaleza íntima del culto que se debe tributar al Corazón de Jesucristo. En efecto, si consideramos su naturaleza peculiar, es manifiesto que este culto es un acto de religión excelentísimo, puesto que exige de nosotros una plena y entera voluntad de entrega y consagración al amor del Divino Redentor, del que es señal y símbolo viviente el Corazón traspasado. Consta igualmente en un sentido aún más profundo, que este culto entraña la correspondencia de nuestro amor al Amor divino. Pues sólo en virtud de la caridad se obtiene el que los hombres se sometan al dominio de Dios más perfecta y enteramente, ya que nuestro amor de tal manera se allega a la divina voluntad, que viene a hacerse una sola cosa con ella según aquellas palabras: «Quien está unido con el Señor, es con él un mismo espíritu» (6).

I

FUNDAMENTOS Y PREFIGURACIONES DEL CULTO AL SAGRADO CORAZON DE JESUS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

a) *Incomprensión de la verdadera naturaleza del culto al Corazón Sacratísimo de Jesús por parte de algunos cristianos*

Aunque la Iglesia ha tenido siempre y tiene en tan grande estima el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús, que se empeña en fomentarlo y propagarlo por todas partes entre el pueblo cristiano y se esfuerza diligentemente en defenderlo contra el *naturalismo* y el *sentimentalismo*, sin embargo es muy doloroso comprobar que en el pasado y en nuestros días algunos cristianos no tienen este nobilísimo culto en el honor y estima debidos, y a veces ni aun los que se dicen animados de celo sincero por la religión católica y por la propia perfección.

«Si tú conocieras el don de Dios» (7). Nos servimos de estas palabras, venerables hermanos, Nos, que por disposición divina hemos sido constituidos guardianes y dispensadores del tesoro de la fe y de la religión que el divino Redentor ha entregado a la Iglesia, para amonestar a todos aquellos de nuestros hijos que, a pesar de que el culto del Sagrado Corazón de Jesús, venciendo la indiferencia y los errores humanos, ya ha pe-

(6) 1 Cor. 6, 17.

(7) Io. 4, 10.

netrado en su Cuerpo místico, todavía abrigan perjuicios para con él y llegan hasta reputarlo menos adaptado, por no decir nocivo, a las necesidades espirituales más urgentes de la Iglesia y de la humanidad de la hora presente. Porque no faltan quienes, confundiendo o equiparando la índole primaria de este culto con las diversas formas de devoción que la Iglesia aprueba y favorece, pero que no prescribe, lo tienen como una añadidura que cada uno puede practicar a voluntad, y hay también algunos que consideran oneroso este culto y aun de ninguna o de poca utilidad, en especial para los militantes del reino de Dios, que se empeñan en consagrar lo mejor de sus energías, de sus recursos y de su tiempo a la defensa de la verdad católica para enseñarla y propagarla y para difundir la doctrina social católica, fomentando prácticas religiosas y obras que juzgan más necesarias en nuestros días. Por último, hay quienes creen que este culto, lejos de ser un poderoso medio para establecer y renovar las costumbres cristianas en la vida individual y familiar, lo consideran como una devoción sensible no informada en altos pensamientos y afectos y, por lo tanto, más propia de mujeres que de personas cultas.

Además, otros, al considerar que esta devoción pide penitencia, expiación y otras virtudes, sobre todo las que se llaman «pasivas» porque no producen frutos externos, no la creen a propósito para volver a encender la piedad, que debe tender cada vez más a la acción intensa, encaminada al triunfo de la fe católica y a la valiente defensa de las costumbres cristianas, las cuales hoy, como todos lo saben, fácilmente se ven inficionadas por el indiferentismo, que no reconoce ningún criterio para distinguir lo verdadero de lo falso en el modo de pensar y de obrar y se ven lamentablemente afeadas por los principios del *materialismo* ateo y del *laicismo*.

b) *Estima y favor dado por los Sumos Pontífices al culto del Sagrado Corazón de Jesús.*

¿Quién no ve, venerables hermanos, cuán ajenas son estas opiniones del sentir de nuestros predecesores, que desde esta cátedra de Verdad aprobaron públicamente el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús? ¿Quién se atreverá a llamar inútil o menos acomodada a nuestros tiempos esta devoción que nuestro predecesor, de imperecedera memoria, León XIII llamó «estimadísima práctica religiosa» y en la que vió un poderoso remedio para los mismos males que en nuestros días, de manera más aguda y con más extensión, aquejan a los individuos y a la sociedad? «Esta devoción —decía—, que a todos recomendamos, a todos será de provecho». Y añadía estos avisos y exhortaciones que también se refieren a la devoción al Sagrado Corazón: «De ahí la violencia de los males que hace tiempo están como de asiento entre nosotros y que reclaman urgen-

temente que busquemos la ayuda del único que tiene poder para alejarlos. Y ¿quién puede ser ése, fuera de Jesucristo, el unigénito de Dios? Pues ningún otro hombre se ha dado a los hombres bajo el cielo en el que nos hayamos de salvar» (8). «Hay que acudir a El, que es camino, verdad y vida» (9).

Ni menos digno de aprobación y acomodado para fomentar la piedad cristiana lo juzgó nuestro inmediato predecesor, de feliz memoria, Pío XI, que en su encíclica «*Miserentissimus Redemptor*» escribía: «¿No están acaso contenidos en esa forma de devoción el compendio de toda la religión y aun la norma de vida más perfecta, como quiera que guía más suavemente las almas al profundo conocimiento de Cristo Señor nuestro y con mayor eficacia las mueve a amarle más apasionadamente y a imitarle más de cerca?» (10). Nos, por nuestra parte, con no menor agrado que nuestros predecesores, hemos aprobado y aceptado esta sublime verdad; y cuando fuimos elevados al sumo pontificado, al contemplar el feliz y triunfal progreso del culto al Sagrado Corazón de Jesús entre el pueblo cristiano, sentimos nuestro ánimo lleno de gozo y nos regocijamos por los innumerables frutos de salvación que había producido en toda la Iglesia, sentimientos que nos complacimos en expresar ya en nuestra primera encíclica (11). Estos frutos, a través de los años de nuestro pontificado, —llenos no sólo de calamidades y angustias, sino también de inefables consuelos—, no se mermaron ni en número, ni en eficacia, ni en hermosura, sino que más bien se aumentaron. Pues, en efecto, muchas iniciativas, y muy acomodadas a las necesidades de nuestros tiempos, surgieron para volver a encender este culto: nos referimos a las asociaciones destinadas a la cultura intelectual y a promover la religión y la beneficencia; a las publicaciones de carácter histórico, ascético y místico encaminadas a este mismo fin; a las piadosas prácticas de reparación, y de manera especial a las manifestaciones de ardentísima piedad que ha promovido el Apostolado de la Oración, a cuyo celo y actividad se debe que familias, colegios, instituciones y aun algunas naciones se consagrasen al Sacratísimo Corazón de Jesús, y no raras veces, con ocasión de estas

(8) Act. 4, 12.

(9) Enc. «*Annum Sacrum*», 25 Maii 1899; *Acta Leonis*, vol. XIX, 1900, pp. 71, 77-78.

(10) Enc. «*Miserentissimus Redemptor*», 8 Maii 1928; A. A. S. XX, 1928, p. 167.

(11) Cfr. Enc. «*Summi Pontificatus*», 20O ctob. 1939; A. A. S. XXXI, 1939, p. 415.

manifestaciones de culto, por medio de cartas, de discursos y aun de radiomensajes, hemos expresado nuestra paternal complacencia (12).

Por lo tanto, al ver que tan grande abundancia de aguas, es decir, de dones celestiales del supremo amor, que han brotado del Sagrado Corazón de nuestro Redentor, se derraman sobre incontables hijos de la Iglesia católica por obra e inspiración del Espíritu Santo, no podemos menos, venerables hermanos, de exhortaros con ánimo paterno a que juntamente con Nos tribuéis alabanzas y rendidas acciones de gracias al Dador de todos los bienes, repitiendo estas palabras del Apóstol de las gentes: «Al que es poderoso para hacer sobre toda medida, con incomparable exceso más de lo que pedimos o pensamos, según la potencia que despliega en nosotros su energía, a El la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones, en los siglos de los siglos. Amén» (13). Pero después de tributar las debidas gracias al Dios eterno, queremos por medio de esta encíclica exhortaros a vosotros y a todos los amadísimos hijos de la Iglesia a una más atenta consideración de los principios doctrinales contenidos en la Biblia, y en los Santos Padres, y en los teólogos sobre los cuales, como sobre sólidos fundamentos, se apoya el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús. Porque Nos estamos plenamente persuadidos de que sólo cuando a la luz de la divina revelación hayamos penetrado a fondo la naturaleza y esencia íntima de este culto podremos apreciar debidamente su incomparable excelencia y su inexhausta fecundidad en toda suerte de gracias celestiales, y de esta manera, meditando y contemplando piadosamente los innumerables bienes que produce, podremos celebrar dignamente el primer centenario de la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús en la Iglesia universal.

Con el fin, pues, de ofrecer a la mente de los fieles el alimento de saludables reflexiones, con las que más fácilmente puedan comprender la naturaleza de este culto, sacando de él frutos más abundantes, nos detendremos ante todo en las páginas del Antiguo y Nuevo Testamentos que contienen la revelación y descripción de la caridad infinita de Dios para con el género humano, cuya sublime grandeza jamás podremos escudriñar suficientemente; aduciremos luego el comentario que sobre ella nos han dejado los padres y doctores de la Iglesia; finalmente, procuraremos poner en claro la íntima conexión que existe entre la forma de devoción que hay que tributar al Corazón del divino Redentor y el culto que los hombres están obligados a dar al amor que El y las otras Personas de la

(12) Cfr. A. A. S. XXXII, 1940 p. 276; XXXV. 1943 p. 170; XXXVII¹ 1945, páginas 263-264; XL, 1948, p. 501; XLI, 1949 p. 331.

(13) Eph. 3, 20-21.

Santísima Trinidad tienen a todo el género humano. Porque juzgamos que una vez considerados a la luz de la Sagrada Escritura y de la tradición los elementos constitutivos de esta nobilísima devoción será más fácil a los cristianos el llegarse «con gozo a las aguas de las fuentes del Salvador» (14); es decir, podrán apreciar mejor la singular importancia (14) Is. 12, 3.

que ha adquirido el culto al Corazón Sacratísimo de Jesús en la liturgia de la Iglesia en su vida interna y externa y también en sus obras; y así podrá cada uno obtener frutos espirituales que señalarán una saludable renovación en sus costumbres, según los deseos de los pastores del rebaño de Cristo.

c) *El amor de Dios, motivo dominante del culto al Santísimo Corazón de Jesús, en el Antiguo Testamento.*

Para poder comprender mejor la fuerza que con relación a esta devoción encierran algunos textos del Antiguo y Nuevo Testamentos, hay que entender bien el motivo por el cual la Iglesia tributa al Corazón del divino Redentor el culto de latría. Tal motivo, como bien sabéis, venerables hermanos, es doble: el primero, que es común también a los demás miembros adorables del cuerpo de Jesucristo, se funda en el hecho de que su Corazón, siendo una parte nobilísima de la naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la persona del Verbo de Dios, y, por lo tanto, se le ha de tributar el mismo culto de oración con que la Iglesia honra a la Persona del mismo Hijo de Dios Encarnado. Se trata, pues, de una verdad de fe católica, que fué solemnemente definida en el Concilio Ecuménico de Efeso y en el II de Constantinopla (15). El otro motivo pertenece de manera especial al Corazón del divino Redentor, y, por lo mismo, le confiere un título del todo propio para recibir el culto de latría. Proviene de que su Corazón, más que ningún otro miembro de su cuerpo, es el índice natural o el símbolo de su inmensa caridad hacia el género humano. «Es innata al Sagrado Corazón, como observaba nuestro predecesor León XIII, de inmortal memoria, la cualidad de ser símbolo e imagen expresiva de la infinita caridad de Jesucristo que nos incita a devolverle amor por amor (16).

Es indudable que en los libros sagrados nunca se hace mención cierta de un culto de especial veneración y amor tributado al Corazón físico del

(15) Conc. Ephes. can. 8; cfr. Mansi, «Sacrorum Conciliorum Ampliss. Collectio», IV, 1083 C.; Conc. Const. II. can. 9; cfr. ibid. IX, 282 E.

(16) Cfr. Enc. «Annum sacrum»; Acta Leonis, vol. XIX, 1900, p. 76.

Verbo Encarnado por su prerrogativa de símbolo de su encendidísima caridad. Pero este hecho, que hay que reconocer abiertamente, no nos ha de admirar ni nos ha de hacer dudar en modo alguno de que la caridad divina hacia nosotros —razón principal de este culto— la exaltan tanto el Antiguo como el Nuevo Testamentos con imágenes sumamente conmovedoras. Y estas imágenes, por encontrarse en los libros santos que precedían la venida del Hijo de Dios hecho Hombre, pueden considerarse como un presagio de lo que había de ser el símbolo e índice más noble del amor divino, es, a saber: el Corazón Sacratísimo y adorable del Redentor divino.

Por lo que toca a nuestro propósito, no juzgamos necesario aducir muchos textos de los libros del Antiguo Testamento, en los cuales se contienen las primeras verdades reveladas por Dios, sino que creemos bastará recordar el pacto establecido entre Dios y el pueblo elegido, pacto sancionado con víctimas pacíficas —cuyas leyes fundamentales, esculpidas en dos tablas, promulgó Moisés (17) e interpretaron los profetas—; este pacto no se basaba tan sólo en los vínculos del supremo dominio de Dios y en la debida obediencia de parte del hombre, sino que se consolidaba y vivificaba con los más nobles motivos del amor. Porque también para el pueblo de Israel la razón suprema de obedecer a Dios debía ser no tanto el temor de las divinas venganzas que los truenos y relámpagos procedentes de la ardiente cumbre del Sinaí suscitaban en los ánimos, sino más bien el amor debido a Dios: «Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás, pues, al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Y estas palabras que hoy te ordeno estarán sobre tu corazón» (18).

No nos debe, pues, extrañar que Moisés y los profetas, a los que con razón llama el Angélico Doctor los «mayores» del Pueblo Elegido (19), comprendiendo bien que el fundamento de toda la ley se basaba en este mandamiento del amor, describiesen las relaciones todas existentes entre Dios y su nación, recurriendo a semejanzas sacadas del amor recíproco entre padres e hijos o del amor de los esposos, en vez de representarlas con imágenes severas inspiradas en el supremo dominio de Dios o en nuestra debida servidumbre llena de temor. Así, por ejemplo, el mismo Moisés, en su celeberrimo cántico por la liberación de su pueblo de la servidumbre de Egipto, al querer expresar cómo esa liberación era debida a la intervención omnipotente de Dios, recurre a estas conmovedoras expresiones e imágenes: «Como el águila provoca a sus polluelos a alzar

(17) Cfr. Ex. 34, 27-28.

(18) Deut. 6, 4-6.

(19) «Sum. Theol.» II-II, q. 2, a. 7; ed. León. t. VIII, 1895, p. 34.

el vuelo y encima de ellos revolotea, así (Dios) extendió sus alas y acogió (a Israel) y le llevó sobre sus hombros» (20). Pero ninguno, tal vez, entre los profetas expresa y descubre tan clara y ardentemente como Oseas el amor constante de Dios hacia su pueblo. En efecto, en los escritos de este profeta, que entre los profetas menores sobresale por la profundidad de conceptos y la concisión del lenguaje, se describe a Dios amando a su pueblo escogido con un amor justo y lleno de santa solicitud, cual es el amor de un padre lleno de misericordia y de amor, o de un esposo herido en su honor. Es un amor que, lejos de decrecer y cesar a la vista de monstruosas infidelidades y pérfidas traiciones, las castiga, sí, como merecen, no para repudiarlos y abandonarlos así mismos, sino sólo con el fin de limpiar y purificar a la esposa alejada e infiel y a los hijos ingratos para volverlos a unir de nuevo consigo una vez renovados y confirmados los vínculos de amor: «Cuando Israel era niño, yo le amé; y de Egipto llamé a mi hijo... Yo enseñé a andar a Efraín, toméle en mis brazos, más ellos no reconocieron que yo de ellos cuidaba. Con cuerdas humanas los atraeré, con lazos de amor... Sanaré sus rebeldías, los amaré generosamente, pues mi ira se ha apartado de ellos. Seré como el rocío para Israel, florecerá él como el lirio y echará sus raíces cual el Líbano» (21).

Expresiones semejantes tiene el Profeta Isaías cuando presenta a Dios mismo y al pueblo escogido como dialogando entre sí con estas palabras «Mas Sión dijo: Me ha abandonado el Señor y se ha olvidado de mí. ¿Puede, acaso, una mujer olvidar a su pequeñuelo de suerte que no se apiade del hijo de sus entrañas? Aunque ésta se olvidare yo no me olvidaré de tí» (22). Ni son menos conmovedoras las palabras con que el autor del Cantar de los Cantares, sirviéndose del simbolismo del amor conyugal, describe con vivos colores los lazos de amor mutuo que unen entre sí a Dios y a la nación predilecta: «Como lirio entre las espinas, así es mi amada entre las doncellas... Yo soy de mi amado y mi amado es mio: el que se apacienta entre los lirios... Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, pues fuerte como la muerte es el amor, duros como el infierno los celos: sus ardores son ardores de fuego y llamas» (23).

Con todo este amor de Dios tiernísimo, indulgente y longámine, aun cuando se indigna por las repetidas infidelidades del pueblo de Israel, nunca llega a repudiarlo definitivamente; se muestra, sí, vehemente y su-

(20) Deut. 32, 11.

(21) Os. 11, 1, 3-4; 14, 5-6.

(22) Is. 49, 14-15.

(23) Cant. 2, 2; 6, 2; 8, 6.

blime; pero, con todo, no es, en sustancia, sino el prelude de aquella encendidísima caridad que el Redentor prometido había de mostrar a todos con su amantísimo Corazón y que iba a ser el modelo de nuestro amor y la piedra angular de la Nueva Alianza.

Porque, en verdad, sólo Aquel que es el Unigénito del Padre y el Verbo hecho carne «lleno de gracia y de verdad» (24), habiendo descendido hasta los hombres, oprimidos de innumerables pecados y miserias podía hacer brotar de su naturaleza humana, unida hipostáticamente con su Divina Persona «un manantial de agua viva» que regase copiosamente la tierra árida de la humanidad, transformándola en florido y fértil jardín. Y esta obra admirable que había de realizar el amor misericordiosísimo y eterno de Dios parece preanunciarla ya en cierto modo el Profeta Jeremías con estas palabras: «Te he amado con amor eterno; por eso te he atraído a mí lleno de misericordia... He aquí que vienen días, afirma el Señor, en que pactaré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva: éste será el pacto que yo concertaré con la casa de Israel después de aquellos días, declara el Señor: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo...; porque perdonaré su culpa y no recordaré más sus pecados» (25).

II

LEGITIMIDAD DEL CULTO AL SANTISIMO CORAZON DE JESUS SEGUN LA DOCTRINA DEL NUEVO TESTAMENTO Y LA TRADICION

a) *El amor de Dios en el misterio de la Encarnación redentora según el Evangelio.*

Pero sólo por el Evangelio llegamos a conocer con perfecta claridad que la Nueva Alianza estipulada entre Dios y la humanidad —de la cual la alianza que pactó Moisés entre el pueblo y Dios fué tan sólo una prefiguración simbólica y el vaticinio de Jeremías una mera predicción— es aquella misma que estableció y llevó a la práctica el Verbo Encarnado, mereciéndonos la gracia divina. Esta Alianza es incomparablemente más noble y más sólida, porque, a diferencia de la precedente, no fué sancionada con sangre de cabritos y novillos, sino con la sangre sacrosanta de Aquel a quien aquellos animales pacíficos y carentes de razón prefiguraban: «el Cordero de Dios que quita el pecado el mundo» (26). Por-

(24) Io. 1, 14.

(25) Ier. 31, 3; 31, 33-34.

(26) Cfr. Io. 1, 29; Hebr. 9, 18 28; 10, 1-17.

que la Alianza cristiana, más aún que la antigua, se manifiesta claramente como un pacto no inspirado en sentimientos de servidumbre, no fundado en el temor, sino apoyado en la amistad que debe reinar en las relaciones entre padre e hijos, siendo ella alimentada y consolidada por una más generosa distribución de la gracia divina y de la verdad, conforme a la sentencia del Evangelio de San Juan: «De su plenitud todos nosotros hemos participado y recibido una gracia por otra gracia. Porque la ley fué dada por Moisés, mas la gracia fué traída por Jesucristo» (27).

Introducidos por estas palabras del «Discípulo amado, y que durante la Cena había reclinado su cabeza sobre el pecho de Jesús» (28), en el mismo misterio de la infinita caridad del Verbo Encarnado, es cosa digna, justa, recta y saludable, que nosotros nos detengamos un poco, venerables hermanos, en la contemplación de tan suave misterio, a fin de que iluminados por la luz que sobre él proyectan las páginas del Evangelio podamos también nosotros experimentar el feliz cumplimiento del voto que el Apóstol formulaba escribiendo a los fieles de Efeso: «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, que estáis arraigados y cimentados en caridad, para que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y longura, la alteza y profundidad de este misterio y conocer también el amor de Cristo hacia nosotros, que sobrepuja a todo conocimiento, para que seáis plenamente colmados de todos los dones de Dios» (29).

En efecto, el Misterio de la Divina Redención es, ante todo y por su propia naturaleza, un misterio de amor: esto es, un misterio de amor justo de parte de Cristo para con su Padre celestial, a quien el sacrificio de la cruz, ofrecido con corazón amante y obediente, presenta una satisfacción sobreabundante e infinita por los pecados del género humano: Cristo sufriendo por caridad y obediencia, ofreció a Dios algo de mayor valor que lo que exigía la compensación por todas las ofensas hechas a Dios por el género humano (30). Además, el misterio de la Redención es un misterio de amor misericordioso de la Augusta Trinidad y del Divino Redentor hacia la humanidad entera, puesto que, siendo ésta del todo incapaz de ofrecer a Dios una satisfacción condigna por sus propios delitos (31), Cristo, mediante la inescutable riqueza de méritos, que nos ganó con la efusión de su preciosísima sangre, pudo restablecer y perfeccionar aquel

(27) Io. 1, 16-17.

(28) Io. 21.

(29) Eph. 3, 17-19.

(30) «Sum. Theol.» III, q. 48, a. 2; ed. León. t. XI, 1903, p. 464.

(31) Cfr. Enc. «Miserentissimus Redemptor»: A. A. S. XX, 1928, p. 170.

pacto de amistad entre Dios y los hombres, que había sido violado por vez primera en el Paraíso terrestre por culpa de Adán y luego innumerables veces por la infidelidad del pueblo escogido.

Por tanto, el Divino Redentor, en su cualidad de legítimo y perfecto Mediador nuestro, habiendo conciliado bajo el estímulo de una caridad ardentísima para con nosotros las obligaciones y compromisos del género humano con los derechos de Dios, ha sido sin duda el autor de aquella maravillosa reconciliación entre la divina justicia y la divina misericordia, que justamente constituye la absoluta trascendencia del misterio de nuestra salvación, tan sabiamente expresado por el Doctor Angélico con estas palabras: «Conviene observar que la liberación del hombre, mediante la pasión de Cristo, fué conveniente tanto a su justicia como a su misericordia. Ante todo a la justicia, porque con su pasión Cristo satisfizo por la culpa del género humano, y, por consiguiente, por la justicia de Cristo el hombre fué libertado. Y en segundo lugar a la misericordia, porque, no siéndole posible al hombre satisfacer por el pecado, que manchaba toda la naturaleza humana, Dios le dió un reparador en la persona de su Hijo». Ahora bien: esto fué de parte de Dios un gesto de más generosa misericordia que si El hubiese perdonado los pecados sin exigir alguna satisfacción. Por eso está escrito: «Dios, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente en Cristo» (32).

b) *Triple amor del Redentor hacia el género humano: divino, humano, espiritual y sensible*

Pero a fin de que podáis, cuanto es dado a los hombres mortales, «comprender con todos los santos cuál es la anchura y longura, la alteza y profundidad» (33) de la arcana caridad del Verbo Encarnado a su celestial Padre y a los hombres manchados con tantas culpas, conviene tener bien presente que el amor no fué únicamente espiritual, como conviene a Dios, puesto que «Dios es espíritu» (34). Indudablemente, de índole puramente espiritual fué el amor nutrido por Dios a nuestros progenitores y por el pueblo hebreo; por eso, las expresiones de amor humano, sea conyugal, sea paterno, que se leen en los Salmos, en los escritos de los profetas y en el Cantar de los Cantares, son indicios y símbolos de un amor verdaderísimo, pero del todo espiritual, con que Dios amaba al

(32) Eph. 2. 4; «Sum, Theol.» III, q. 46, a. 1, ad. 3; ed. León. t. XI 1903. p. 436.

(33) Eph 3, 18.

(34) Io. 4, 24.

género humano; al contrario, el amor que exhala del Evangelio, de las Epístolas de los Apóstoles y de las páginas del Apocalipsis, donde se describe el amor del Corazón de Jesús, no comprende solamente la caridad divina, sino que se extiende también a los sentimientos del afecto humano. Para todo el que hace profesión de fe católica, esta verdad es indiscutible. En efecto, el Verbo de Dios no ha tomado un cuerpo ilusorio y ficticio, como ya en el primer siglo de la era cristiana osaron afirmar algunos herejes, que atrajeron la severa condenación del Apóstol San Juan: «Puesto que se han descubierto en el mundo muchos impostores, que no confiesan que Jesucristo haya venido en carne, negar esto es ser un impostor y un anticristo» (35), sino que El ha unido a su Divina Persona una naturaleza humana individual, íntegra y perfecta, concebida en el seno purísimo de María Virgen por virtud del Espíritu Santo (36). Nada, pues, faltó a la naturaleza humana asumida por el Verbo de Dios: en verdad, El la posee sin ninguna disminución, sin ninguna alteración, tanto en los elementos constitutivos espirituales cuanto en los corporales, conviene a saber: dotada de inteligencia y de voluntad y demás facultades cognoscitivas internas y externas; dotada igualmente de las potencias afectivas sensitivas y de sus correspondientes pasiones. Es esto lo que enseña la Iglesia Católica, por estar sancionado y solemnemente confirmado por los Romanos Pontífices y los Concilios Ecuménicos: «Entero en sus propiedades, entero en las nuestras» (37), «perfecto en la divinidad y El mismo perfecto en la humanidad» (38), «todo Dios [hecho] hombre, y todo el hombre [subsistente en] Dios» (39).

No habiendo, pues, duda alguna de que Jesús poseía un verdadero cuerpo humano, dotado de todos los sentimientos que le son propios, entre los que campea el amor, es de la misma manera mucha verdad que El estuvo provisto de un corazón físico, en todo semejante al nuestro, no siendo posible que la vida humana, privada de este excelentísimo miembro del cuerpo, tenga su natural actividad afectiva. Por consiguiente, el Corazón de Cristo unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, debió sin duda palpar de amor y de todo otro afecto sensible; con

(35) 2 Io. 7.

(36) Cfr. Luc. 1, 35.

(37) S. Leo Magnus Epist. dogm. «Lectis dilectionis tuae» ad Flavianum Const. Patr. 13 Iun. a. 449; cfr. P. L. LIV., 763.

(38) Conc. Chalced. a. 451; cfr. Mansi, Op. cit. VII, 115 B.

(39) S. Gelasius Papa, Tract. II: «Necessarium» de duabus naturis in Christo cfr. A. Thiel. Epist. Rom. Pont. a S. Hilario usque ad Pelagium. II, p. 532.

todo, estos sentimientos eran tan conformes y tan en armonía con la voluntad humana, rebosante de caridad divina, y con el mismo amor infinito que el Hijo tiene común con el Padre y el Espíritu Santo, que jamás se interpuso la mínima oposición y discordia entre estos tres amores (40).

Con todo, el hecho de que el Verbo de Dios haya tomado una verdadera y perfecta naturaleza humana y haya estado plasmado y como modelado un corazón de carne que, no menos que el nuestro, fuese capaz de sufrir y de ser herido, este hecho, decimos, si no se le ve y se le considera a la luz que emana no sólo de la unión hipostática y sustancial, sino también de la verdad de la humana Redención, que es, por decirlo así, el complemento de aquella, podría parecer a algunos, «escándalo y necedad», como de hecho pareció a los judíos y gentiles «Cristo crucificado» (41). Ahora bien: los símbolos de la fe, perfectamente concordantes con las Divinas Escrituras, nos aseguran que el Hijo Unigénito de Dios tomó la naturaleza pasible y mortal con la mira puesta principalmente en el sacrificio cruento de la cruz, que El deseaba ofrecer con el fin de cumplir la obra de la salvación del hombre. Esta es, además, la doctrina expuesta por el Apóstol de las Gentes: «Porque el que santifica y los santificados, todos traen de uno su origen. Por cuya causa no se desdeña de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré tu nombre a mis hermanos... Item: Henos aquí yo y mis hijos, que Dios me ha dado. Y por cuanto los hijos tienen comunes la carne y sangre, El también participó de las mismas cosas... Por lo cual debió en todo asemejarse a sus hermanos, a fin de ser un pontífice misericordioso y fiel para con Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Ya que por razón de haber El mismo padecido y sido tentado, puede también dar la mano a los que son tentados» (42).

c) *Las pruebas de los Santos Padres en favor de los afectos sensibles del Verbo Encarnado.*

Los Santos Padres, testigos veraces de la doctrina revelada, advirtieron muy oportunamente lo que ya San Pablo Apóstol había claramente significado, a saber, que el amor divino es como el principio y el culmen de la obra de la Encarnación y Redención. Léese frecuentemente en sus escritos que Jesucristo tomó en sí la humana naturaleza perfecta y nuestro cuerpo frágil y caduco, para procurarnos la salvación eterna y para manifestar y patentizar en forma sensible su amor infinito hacia nosotros.

(40) Cfr. S. Thom. «Sum. Theol.», III, q. 15, a. 4; q. 18, a. 6; ed. Leon, t. XI, 1903, p. 189 et 237.

(41) Cfr. 1 Cor. 1, 23.

(42) Hebr. 2, 11-14, 17-18.

San Justino, haciéndose eco de la voz del Apóstol de las Gentes, escribe lo siguiente: «Amamos y adoramos al Verbo nacido de Dios inefable y que no tiene principio: ya que se hizo hombre por nosotros para que, hecho partícipe de nuestras dolencias, nos procurase su remedio» (43). Y San Basilio, primero de los tres Padres de Capadocia, afirma que los afectos sensibles de Cristo fueron verdaderos y al mismo tiempo santos: «Es manifiesto que el Señor poseyó los efectos naturales en confirmación de su verdadera y no fantástica encarnación; lo es también que rechazó como indignos de la divinidad los afectos viciosos, que manchan la pureza de nuestra vida» (44). Igualmente, San Juan Crisóstomo, lumbrera de la Iglesia antioquena, confiesa que las conmociones sensibles de que el Señor dió muestra prueban irrecusablemente que poseyó integralmente nuestra humana naturaleza: «A no haber poseído nuestra naturaleza, no hubiera experimentado una y más veces la tristeza» (45).

Entre los Padres latinos merecen recuerdo los que hoy venera la Iglesia como Doctores máximos. San Ambrosio afirma que la unión hipostática es el origen natural de los afectos y sentimientos que el Verbo de Dios Encarnado experimentó: «Por tanto, ya que tomó el alma, tomó las pasiones del alma; pues Dios, como Dios que es, no podía turbarse ni morir» (46).

En estas mismas reacciones apoya San Jerónimo el principal argumento para probar que Cristo tomó realmente la humana naturaleza: Nuestro Señor se entristeció realmente para manifestar su humana naturaleza (47).

Particularmente, San Agustín nota la íntima unión existente entre los sentimientos del Verbo Encarnado y la finalidad de la Redención humana: «El Señor se revistió de los afectos de la fragilidad humana, del mismo modo que aceptó la fragilidad de nuestra carne y la muerte de ella, no por necesaria coacción, sino por el estímulo de su misericordia, para asimilar a sí su cuerpo, que es la Iglesia, cuya cabeza se dignó ser, o sea, sus miembros en sus santos y fieles; de modo que si alguno de ellos, por efecto de las tentaciones humanas, se entristeciese y se doliese, no por eso creyese estar privado del influjo de su gracia; y como un coro concuerda con la voz que le da el tono, así su cuerpo supiese de su cabeza que tales movimientos no son de suyo pecado, sino solamente indicio de la humana fragilidad» (48).

(43) «Apol.» 2, 13. P. G. 6, 465.

(44) Epist. 261, 3; P. G. XXXII, 9. 2.

(45) «In Ioann» Homil. 63, 2; P. G. LIX, 350.

(46) «De fide ad Gratianum», II, 7, 56; P. L. XVI, 594.

(47) Cfr. «Super Matth» XXVI, 37; P. L. XXVI, 205.

(48) «Enarr. in Ps. LXXXVII», 3; P. L. XXXVIII, 1111.

Con mayor concisión y no menor fuerza estos pasajes de San Juan Damasceno testifican la doctrina de la Iglesia: «Todo Dios ha tomado a todo el hombre, y el todo se ha unido al todo para procurar la salvación de todo el hombre. De otra manera no hubiera podido sanar lo que no asumió» (49). «Tomó, pues, todo para santificar todo» (50).

d) *El simbolismo natural del Corazón de Jesucristo, afirmado veladamente en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres.*

Bien es verdad que ni los autores sagrados ni los Padres de la Iglesia que hemos citado y otros semejantes, aunque prueban abundantemente que Jesucristo estuvo sujeto a los sentimientos y afectos humanos y que por eso precisamente tomó la naturaleza humana para procurarnos la eterna salvación, con todo no refieren en concepto dichos afectos a su corazón físicamente considerado, señalando en él el símbolo de su amor infinito.

Por más que los evangelistas y los demás escritores sagrados no nos describan abiertamente el Corazón de nuestro Redentor, no menos vivo y sensible que el nuestro, y las palpitaciones y estremecimientos debidos a las diversas conmociones y afectos de su alma y a la ardentísima caridad de su doble voluntad, sin embargo, frecuentemente ponen de relieve su divino amor y las conmociones sensibles con él relacionadas: el deseo, la alegría, la tristeza, el temor y la ira, según las expresiones de su mirada, palabras y gestos. Y principalmente el rostro adorable de nuestro Salvador fué sin duda el índice y como el espejo fidelísimo de los afectos, que, conmoviendo en varios modos su ánimo, a semejanza de las olas que se entrecocan, llegaban a su corazón santísimo y excitaban los latidos. A la verdad, vale también, a propósito de Jesucristo, cuando el Doctor Angélico, amaestrado por la experiencia, observa en materia del psicología humana y de los fenómenos de ella derivados: «La turbación que la ira produce repercute en los miembros externos y principalmente en aquellos en que se refleja más la influencia del corazón como son los ojos, el semblante, la lengua» (51).

Con mucha razón, pues, es considerado el corazón del Verbo Encarnado como índice y símbolo del triple amor con que el divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y o todos los hombres. Es ante todo símbolo del divino amor, que en El es común con el Padre y el Espíritu

(49) «De Fide Orth.» III, 6; P. G. XCIV, 1006.

(50) Ibid. III, 20; P. G. XCIV, 1081.

(51) «Sum. Theol.» I-II, q. 48, a. 4; ed. Leon. t. VI, 1891, p. 306.

Santo, y que sólo en El, como Verbo Encarnado, se manifiesta por medio del caduco y frágil instrumento humano, «ya que en El habita la plenitud de la Divinidad corporalmente» (52). Además, el Corazón de Cristo es símbolo de ardentísima caridad, que infundida en su alma, constituye la preciosa dote de su voluntad humana y cuyos actos son dirigidos e iluminados de una doble y perfectísima ciencia, la beatífica y la infusa (53).

Finalmente, y esto en modo más natural y directo, el Corazón de Jesús es símbolo de su amor sensible, ya que el cuerpo de Jesucristo, plasmado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva, todo otro organismo humano (54).

Amaestrados por los Sagrados Textos y por los símbolos de la fe de la perfecta consonancia y armonía que reina en el alma santísima de Jesucristo y de que El dirigió con finalidad redentora todas las manifestaciones de su triple amor, podemos nosotros con toda seguridad contemplar y venerar en el Corazón del Redentor divino la imagen elocuente de su caridad y el testimonio de nuestra Redención y «como una mística escala» para subir al abrazo «de Dios Nuestro Salvador» (55). Por eso, en las palabras, en los actos, en las enseñanzas, en los milagros y especialmente en las obras más esplendorosas de su amor hacia nosotros, como la institución de la Divina Eucaristía, su dolorosa pasión y muerte, la benigna donación de su Santísima Madre, la fundación de la Iglesia para provecho nuestro y, finalmente, la misión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y sobre nosotros, en todas estas obras, repetimos, debemos admirar otros tantos testimonios de su triple amor y meditar los latidos de su Corazón, con los cuales quiso medir los instantes de su terrena peregrinación hasta el momento supremo, en el que, como atestan los evangelistas, «clamando con gran voz dijo: Todo está consumado. E inclinándose la cabeza, entregó su espíritu» (56). Entonces su corazón se paró y dejó de latir, y su amor sensible permaneció como suspenso, hasta que, triunfando de la muerte, se levantó del sepulcro.

Después que su cuerpo consiguió el estado de la gloria sempiterna y se unió nuevamente al alma del Divino Redentor, victorioso de la muerte, su Corazón sacratísimo no ha dejado nunca ni dejará de palpar con imperturbable y plácido latido, ni cesará tampoco de demostrar el triple

(52) Col. 2, 9.

(53) Cfr. «Sum. Theol.» III, q. 9, aa. 1-3; ed. Leon. t. XI, 1903, p. 142.

(54) Cfr. Ibid. III, q. 33, a. 2, ad 3^m; q. 46, a. 6; ed. Leon. t. XI, 1903, pp. 342, 433.

(55) Tit. 3, 4.

(56) Matth. 27, 50; Io. 19, 30.

amor con que el Hijo de Dios se une a su Padre eterno y a la humanidad entera, de quien es cabeza mística con pleno derecho.

III

PARTICIPACION ACTIVA Y PROFUNDA QUE TUVO EL
SAGRADO CORAZON DE JESUS EN LA MISION
SALVADORA DEL REDENTOR

a) *El Sagrado Corazón de Jesús, simbolo de amor perfectísimo: sensible, espiritual, humano y divino, durante la vida terrena del Salvador.*

Ahora, venerables hermanos, para que de estas piadosas consideraciones podamos sacar abundantes y saludables frutos, bueno es meditar y contemplar brevemente los múltiples afectos humanos y divinos de nuestro Salvador Jesucristo, en los cuales durante el curso de su vida mortal participó su Corazón, y ahora sigue participando y no dejará de participar por toda la eternidad. En las páginas del Evangelio es donde principalmente encontraremos la luz, con la cual, iluminados y fortalecidos, podremos adentrarnos en el sagrario de este divino Corazón y admirar con el Apóstol de las Gentes «las abundantes riquezas de la gracia [de Dios] en la bondad usada con nosotros por amor de Jesucristo» (57)

El adorable Corazón de Jesucristo late con amor, al mismo tiempo humano y divino, desde que la Virgen María pronunció aquella palabra magnánima «Fiat», y el Verbo de Dios, como nota el Apóstol, «al entrar en el mundo dijo: Tú no has querido sacrificio ni ofrenda, mas a mí me has apropiado un cuerpo; holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: Heme aquí que vengo: según está escrito de mí al principio del libro, para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad... Por esta voluntad, pues, somos santificados por la oblación del cuerpo de Cristo hecha una sola vez» (58). De manera semejante palpitaba de amor su Corazón, en perfecta armonía con los afectos de su voluntad humana y con su amor divino, cuando en la casa de Nazaret mantenía aquellos celestiales coloquios con su dulcísima Madre y con su padre putativo, San José, a quien obedecía y con quien colaboraba en el fatigoso oficio de carpintero. Este mismo triple amor movía su corazón en sus continuas correrías apostólicas, cuando realizaba aquellos innumerables milagros, cuando resucitaba a los muertos o devolvía la salud a toda clase de enfermos, cuando sufría aquellos trabajos, soportaba el sudor, el hambre y la sed; en las velas

(57) Eph. 2, 7.

(58) Hebr. 10, 5-7, 10.

nocturnas pasadas en oración a su Padre amantísimo; finalmente, en los discursos que pronunciaba y en las parábolas que proponía, especialmente aquellas que tratan de la misericordia, como la de la dracma perdida, la de la oveja descarriada, y la del hijo pródigo. En estas palabras y en estas obras, como dice Gregorio Magno, se manifiesta el Corazón mismo de Dios: «Conoce el Corazón de Dios en las palabras de Dios, para que con más ardor suspires por las cosas eternas» (59).

De amor aún mayor latía el Corazón de Jesucristo cuando de su boca salían palabras que inspiraban amor ardentísimo. Así, para poner algún ejemplo, cuando al ver a las turbas cansadas y hambrientas, dijo: «Me da compasión esta multitud de gentes» (60), y cuando al divisar a Jerusalén, su predilecta ciudad, destinada a una fatal ruina por su obstinación en el pecado, exclamó: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que a tí son enviados: ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo las alas, y tú no lo has querido!» (61) Su Corazón palpitó también de amor hacia su Padre, y de santa indignación cuando vio el comercio sacrílego que se hacía en el templo, e increpó a los violadores con estas palabras: «Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; más vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones» (62).

Pero particularmente latió de amor y de pavor su Corazón cuando vio inminente la hora de los cruelísimos padecimientos y cuando, experimentando una repugnancia natural a los dolores y a la muerte, exclamó: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz» (63); palpitó con amor invicto y con amargura suma cuando al recibir el beso del traidor le dirigió aquellas palabras, que parecen la invitación última de su Corazón misericordiosísimo al amigo que con ánimo impío, infiel y obstinado le había de entregar a los verdugos: «Amigo, ¿a qué has venido aquí? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?» (64); palpitó de compasión y amor íntimo cuando dijo a las piadosas mujeres que lloraban su inmerecida condenación al suplicio de la cruz: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos..., pues si el árbol verde lo tratan de esta manera. ¿en el seco qué se hará?» (65).

(59) «Registr, epist.» lib. IV, ep. 31 ad Theodorum medicum: P. L. LXXVII, 706.

(60) Marc. 8, 2.

(61) Matth. 23, 37.

(62) Matth. 21, 13.

(63) Matth. 26, 39.

(64) Matth. 26, 50; Luc. 22, 48.

(65) Luc. 23, 28, 31.

Finalmente, cuando el divino Redentor pendía de la cruz, sintió arder su Corazón con los más variados y vehementes afectos, esto es, con afectos de amor ardentísimo, de consternación, de misericordia, de deseo encendido, de paz serena; afectos claramente manifestados en aquellas palabras: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (66); «Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has desamparado?» (67); «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (68); «Tengo sed» (69); «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (7).

b) *La Eucaristía, la Santísima Virgen y el sacerdocio: dones del Corazón amantísimo de Jesús.*

¿Quién podrá describir dignamente los latidos del Corazón divino, índices de su infinito amor, en aquellos momentos en que dió a los hombres sus más preciados dones, esto es, a sí mismo en el sacramento de la Eucaristía, a su Madre Santísima y la participación del oficio sacerdotal?

Aun antes de celebrar la última cena con sus discípulos, al pensar que iba a instituir el sacramento de su cuerpo y de su sangre, con cuya efusión se había de confirmar la nueva alianza, sintió su corazón agitado de intensa conmoción, que manifestó a sus apóstoles con estas palabras: «Árdientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi pasión» (71), conmoción que, sin duda, fué aún más vehemente cuando «tomó el pan, dió gracias, lo partió y lo dió a ellos diciendo: «Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mía». Del mismo modo tomó el cáliz, después que hubo cenado, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que se derramará por vosotros» (72).

Con razón, pues, se puede afirmar que la divina Eucaristía, como sacramento que El da a los hombres y como sacrificio que El mismo continuamente inmola «desde el levante hasta el poniente» (73), y también el sacerdocio, son, sin duda, dones del Sagrado Corazón de Jesús.

Don asimismo preciosísimo del mismo sacratísimo Corazón es como indicábamos, la Santísima Virgen, Madre excelsa de Dios y Madre aman-

(66) Luc. 23, 34.

(67) Matth. 27, 46.

(68) Luc. 23, 43.

(69) Io. 19, 28.

(70) Luc. 23, 46.

(71) Luc. 22, 15.

(72) Luc. 22, 19-20.

(73) Mal. 1, 11.

tísima de todos nosotros. Era justo que el género humano tuviese por Madre espiritual a la que fué Madre natural de nuestro Redentor, asociada a El en la obra de regeneración de los hijos de Eva a la vida de la gracia. A propósito de lo cual escribe de ella San Agustín: «Evidentemente es Madre de los miembros del Salvador, que somos nosotros, porque con su caridad cooperó a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella cabeza» (74).

Al don incruento de sí mismo bajo las especies del pan y del vino quiso Jesucristo nuestro Salvador unir, como testimonio de su caridad íntima e infinita, el sacrificio cruento de la cruz. Haciendo esto dió ejemplo de aquella sublime caridad que había mostrado a sus discípulos como meta suprema de amor con estas palabras: «Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos» (75). Por lo cual el amor de Jesucristo Hijo de Dios revela en el sacrificio del Gólgota, del modo más elocuente, el amor del mismo Dios: «En esto hemos conocido la caridad de Dios: en que dió su vida por nosotros; y así nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (76). Ciertamente, el divino Redentor fué crucificado más por la fuerza del amor que por la violencia de los verdugos, y su holocausto voluntario es don supremo hecho a cada uno de los hombres, según la incisiva expresión del apóstol: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí» (77).

c) *También la Iglesia y los sacramentos son dones del Sagrado Corazón de Jesús.*

No cabe, pues, dudar de que el Sagrado Corazón de Jesús, siendo íntimamente partícipe de la vida del Verbo Encarnado y por lo mismo como instrumento conjunto de la divinidad, no menos que los demás miembros de su naturaleza humana, en la realización de las obras de la gracia y de la omnipotencia divina (78), es también símbolo legítimo de aquella inmensa caridad, que movió a nuestro Salvador a celebrar, con el derramamiento de su sangre, su místico matrimonio con la Iglesia: «Sufrió la pasión por amor a la Iglesia, que había de unir así como esposa» (79). Por tanto, del Corazón herido del Redentor nació la Iglesia, verdadera admi-

(74) «De sancta virginitate», VI; P. L. XL, 399.

(75) Io. 15, 13.

(76) Io. 3, 16.

(77) Gal. 2, 20.

(78) Cfr. S. Thom. «Sum. Theol.» III, q. 19, a. 1; ed. Leon. t. XI, 1903, p. 329.

(79) «Sum. Theol. Suppl.» q. 42, a. 1 ad 3^m; ed. Leon. t. XII, 1906, p. 81.

nistradora de la sangre de redención, y del mismo fluye abundantemente la gracia de los sacramentos, en la cual los hijos de la Iglesia beben la vida sobrenatural, como leemos en la Sagrada Liturgia: «Del Corazón abierto nace la Iglesia desposada con Cristo:.. Tú, que del Corazón haces manar la gracia» (80). De éste símbolo, que ni aun a los antiguos padres y escritores eclesiásticos fué desconocido, el doctor Común, haciéndose eco de ellos, escribe así: «Del costado de Cristo brotó agua para lavar y sangre para redimir. Por eso la sangre es propia del sacramento de la Eucaristía; el agua del sacramento del bautismo, el cual, sin embargo, tiene fuerza para lavar en virtud de la sangre de Cristo» (81). Lo que aquí se afirma del costado de Cristo, herido y abierto por el soldado, hay que aplicarlo a su Corazón, al cual, sin duda, llegó el golpe de la lanza, asestado precisamente por el soldado para que constase de manera cierta la muerte de Jesucristo. Por eso, durante el curso de los siglos, la herida del Corazón Sacratísimo de Jesús, muerto ya a esta vida mortal, ha sido la imagen viva de aquel amor espontáneo con que Dios entregó a su Unigénito por la redención de los hombres, y con el cual Cristo nos amó a todos tan ardientemente, que se inmoló así mismo como hostia cruenta en el Calvario: «Cristo nos amó y se ofreció así mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavisimo» (82).

d) *El Sagrado Corazón de Jesús, simbolo de su triple amor a la Humanidad en la vida gloriosa del cielo*

Después que nuestro Salvador subió al cielo con su cuerpo glorificado y se sentó a la diestra de Dios Padre, no ha cesado de amar a su esposa, la Iglesia, con aquel amor inflamado que palpita en su Corazón. Lleva en sus manos, en sus pies y en su costado las esplendentes señales de sus heridas, trofeos de su triple victoria: contra el demonio, contra el pecado y contra la muerte. Y lleva en su Corazón, como en preciosísima arca aquellos inmensos tesoros de méritos, frutos de la triple victoria, que con largueza distribuye al género humano. Es esta una verdad consoladora, enseñada por el Apostol de las Gentes, cuando escribe: «Al subirse a lo alto llevó consigo cautiva a una grande multitud de cautivos y derramó sus dones sobre los hombres. . El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento a todas las cosas» (83).

(80) Hymm. ad Vesp. Festi Ss. mi Cordis Iesu.

(81) «Sum. Theol.» III, q. 66, a. 3, ad 3^m; ed. Leon. t. XII, 1906, p. 65.

(82) Eph. 5, 2.

(83) Eph. 4, 8, 10.

e) *Los dones del Espíritu Santo son también dones del Corazón adorable de Jesús.*

La misión del Espíritu Santo a los discípulos es la primera y espléndida señal de su amor munífico, después de su subida triunfal a la diestra del Padre. A los diez días, el Espíritu Paráclito, dado por el Padre celestial, bajó sobre ellos, que estaban reunidos en el Cenáculo, según la promesa que les hiciera en la última cena: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente» (84). El cual Espíritu Paráclito, siendo, como es, el Amor mutuo personal, con el cual el Padre ama al Hijo y el Hijo al Padre, es enviado por ambos, y bajo forma de lenguas de fuego infunde en el alma de los discípulos la abundancia de la caridad divina y de los demás carismas celestiales. Esta infusión de la caridad divina brotó también del Corazón de nuestro Salvador, «en el cual están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (85). Esta caridad es, por tanto, don del Corazón de Jesús y de su Espíritu. A este común Espíritu del Padre y del Hijo se debe el nacimiento y la propagación admirable de la Iglesia en medio de todos los pueblos paganos, contaminados por la idolatría, el odio fraterno, la corrupción de costumbres y la violencia. Esta divina caridad, don preciosísimo del Corazón de Cristo y de su Espíritu, es la que dió a los Apóstoles y a los mártires aquella fortaleza con que lucharon hasta una muerte heroica, para predicar la verdad evangélica y testimoniarla con su sangre; ella es la que dió a los doctores de la Iglesia aquel celo intenso por ilustrar y defender la fe católica; la que alimentó las virtudes en los confesores y los excitó a llevar a cabo obras admirables y utilísimas, por la propia santificación y por la salud eterna y temporal de los prójimos, y, finalmente, la que persuadió a las vírgenes a que espontánea y alegremente renunciasen a los goces de los sentidos y se consagrasen enteramente al amor del Esposo celestial. A esta divina caridad, que redundaba del Corazón del Verbo encarnado y se difunde por obra del Espíritu Santo en las almas de todos los creyentes, el Apóstol de las Gentes entonó aquel himno de victoria, que ensalza a un tiempo el triunfo de Jesucristo cabeza y el de los miembros de su cuerpo místico sobre cuantos de alguna manera obstaculizan el establecimiento del reino divino de amor entre los hombres: «¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿O la angustia? ¿O el hambre? ¿O la desnudez? ¿O el riesgo? ¿O la persecución? ¿O el cuchillo?... Por medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la

(84) Io. 1^a, 16.

(85) Col. 2, 3.

muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo nuestro Señor» (86).

f) *El culto al Corazón Sacratísimo de Jesús es el culto de la Persona del Verbo encarnado,*

Nada, por tanto, prohíbe que adoremos el Corazón Sacratísimo de Jesucristo en cuanto es partícipe y símbolo natural y sumamente expresivo de aquel amor inexhausto en que arde el divino Redentor aun hoy para con los hombres. Aun cuando ya no está sometido a las perturbaciones de esta vida mortal, sin embargo, vive y palpita y está unido de modo indisoluble con la Persona del Verbo Divino, y en ella y por ella, con su divina voluntad. Sobreabundando el Corazón de Cristo de amor divino y humano, y siendo inmensamente rico con los tesoros de todas las gracias que nuestro Redentor adquirió con su vida, sus padecimientos y su muerte, es, sin duda, una fuente perenne de aquella caridad que su Espíritu infunde en todos los miembros de su Cuerpo místico.

Así, pues, el Corazón de nuestro Salvador en cierta manera refleja la imagen de la Divina Persona del Verbo y asimismo de sus dos naturalezas: humana y divina; y en El podemos considerar no sólo un símbolo, sino también como un compendio de todo el misterio de nuestra Redención. Cuando adoramos al Corazón de Jesucristo, en él y por él adoramos tanto el amor increado del Verbo divino como su amor humano y sus demás afectos y virtudes, ya que uno y otro amor movió a nuestro Redentor a inmolarse por nosotros y por toda la Iglesia, su Esposa, según la sentencia del Apóstol: «Cristo amó a su Iglesia y se sacrificó por ella para santificarla, lavándola en el bautismo de agua con la palabra de vida, a fin de hacerla comparecer delante de El llena de gloria, sin mácula ni arruga ni cosa semejante, sino siendo santa e inmaculada» (87).

Como Cristo ha amado a la Iglesia, así la sigue amando intensamente con aquel triple amor de que hemos hablado (88), y es ese amor el que lo impulsa a hacerse nuestro abogado para obtenernos del Padre gracia y misericordia, «como que está siempre vivo para interceder por nosotros» (89). Las plegarias que brotan de su inagotable amor dirigidas al

(86) Rom. 8, 35, 37-39.

(87) Eph. 5, 25 27.

(88) Cfr. 1, 10, 2, 1.

(89) Hebr. 7, 25.

Padre no sufren interrupción alguna. Como «en los días de su carne» (90), también ahora, que está triunfante en el cielo, suplica al Padre no con menor eficacia, y a Aquel que «amó tanto al mundo, que dió a su Unigénito Hijo a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan vida eterna» (91), muestra su Corazón vivo y como herido y encendido de un amor más ardiente que cuando, ya exánime, lo vulneró la lanza del soldado romano: «Por esto fué herido (tu Corazón), para que por la herida visible viésemos la herida invisible del amor» (9).

No puede haber, por consiguiente, duda alguna que a las súplicas de tan grande Abogado y hechas con tan vehemente amor, el Padre celestial, «que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (93), por medio de El derramará incesantemente sobre todos los hombres la abundancia de sus gracias divinas.

IV

NACIMIENTO Y DESARROLLO PROGRESIVO DEL CULTO AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

a) *Albores del culto al Sagrado Corazón en la devoción a las Llagas sacrosantas de la Pasión.*

Hemos querido, venerables hermanos, proponer a vuestra consideración y a la del pueblo cristiano, en sus líneas generales, la íntima naturaleza y las perennes riquezas del culto al Corazón Sacratísimo de Jesús, ateniéndonos a la doctrina de la revelación divina como a su fuente primaria. Estamos persuadidos de que estas reflexiones nuestras, dictadas por la enseñanza misma del Evangelio, han mostrado claramente cómo este culto, en sustancia, no es otra cosa que el culto al amor divino y humano del Verbo Encarnado, y también el culto a aquel amor con que el Padre y el Espíritu Santo aman a los hombres pecadores. Porque, como observa el Doctor Angélico, la caridad de las Tres Divinas Personas es el principio de la redención humana en cuanto que, inundando copiosamente la voluntad humana de Jesucristo y su Corazón adorable, lo indujo con la misma caridad a derramar su sangre

(90) Hebr. 5, 7.

(91) 10, 3, 16.

(92) S. Bonaventura, *Opusc. X: «Vitis mystica»*, c. III, n. 5: *Opera Omnia. Ad Claras Aquas (Quaracchi)*, 1898, t. VIII, p. 164; cfr. S. Thom. «*Sum. Theol.*» III, q. 54, a. 4, ed. Leon. t. XI, 1903, p. 513.

(93) Rom. 8, 32.

para rescatarnos de la servidumbre del pecado (94): «Con un bautismo tengo de ser bautizado, y cómo me siento oprimido mientras que no se cumpla» (95).

Por lo demás, es persuasión nuestra que el culto tributado al amor de Dios y de Jesucristo para con el género humano, a través del símbolo augusto del Corazón transverberado del Redentor, no ha estado jamás completamente ausente de la piedad de los fieles, aunque su manifestación clara y su admirable difusión en toda la Iglesia se haya realizado en tiempos no muy remotos de nosotros, sobre todo después que el Señor mismo reveló este divino misterio a algunos hijos suyos, después de haberlos colmado con abundancia de dones sobrenaturales, y los eligió para mensajeros y heraldos suyos.

De hecho siempre ha habido almas especialmente consagradas a Dios que, inspirándose en los ejemplos de la excelsa Madre de Dios, de los Apóstoles y de insignes Padres de la Iglesia, han tributado culto de adoración, de acción de gracias y de amor a la humanidad santísima de Cristo y en modo especial a las heridas abiertas en su cuerpo por los tormentos de la Pasión salvadora.

Por lo demás, ¿cómo no reconocer en las mismas palabras «Señor mío y Dios mío» (96), pronunciadas por el apóstol Santo Tomás y reveladoras de su improvisa transformación de incrédulo en fiel, una clara profesión de fe, de adoración y de amor, que de la humanidad llagada del salvador se elevaba hasta la majestad de la Persona Divina?

Pero aunque el Corazón herido del Redentor ha llevado siempre a los hombres a venerar su infinito amor por el género humano, porque para los cristianos de todos los tiempos han tenido siempre valor las palabras del profeta Zacarías, que el evangelista San Juan aplicó a Jesús crucificado: «Verán al que traspasaron» (97) hay que reconocer, sin embargo, que ese Corazón sólo gradualmente llegó a ser objeto de culto especial, como imagen del amor humano y divino del Verbo Encarnado.

b) *Principios y progreso de culto al Sagrado Corazón en la Edad Media y en los siglos siguientes.*

Queriendo ahora indicar solamente las etapas gloriosas recorridas por este culto en la historia de la piedad cristiana, hay que recordar, ante todo, los nombres de algunos de aquellos que bien se pueden considerar

(94) Cfr. «Sum. Theol.» III, q. 48, a, 5; ed. Leon. t. XI, 1903, p. 467.

(95) Luc. 12, 50.

(96) Io. 20, 28.

(97) Io. 19, 37; cfr. Zach. 12, 10.

como los portaestandartes de esta devoción, la cual, en forma privada y de modo gradual, fué difundiendo cada vez más en los institutos religiosos. Así, por ejemplo, se distinguieron por haber establecido y promovido cada vez más este culto al Corazón Sacratísimo de Jesús: San Buenaventura, San Alberto Magno, Santa Gertrudis, Santa Catalina de Sena, el Beato Enrique Suso, San Pedro Caniso y San Francisco de Sales. A San Juan Eudes se debe el primer oficio litúrgico en honor del Sagrado Corazón de Jesús, cuya fiesta se celebró por primera vez, con el beneplácito de muchos Obispos de Francia, el 20 de octubre de 1672. Pero entre todos los promotores de esta excelsa devoción merece un puesto especial Santa Margarita María Alacoque, quien con la ayuda de su director espiritual, el Beato Claudio de la Colombière, y con su ardiente celo consiguió el que este culto, no sin admiración de los fieles, adquiriese un gran desarrollo y, revestido de las características del amor y la reparación, se distinguiese de las demás formas de la piedad cristiana (98).

Basta esta evocación de aquella época en que se propagó el culto del Corazón de Jesús para convencerse plenamente que su admirable desarrollo se debe principalmente al hecho de hallarse en todo conforme con la índole de la religión cristiana, que es religión de amor. No puede decirse, por consiguiente, ni que este culto debe su origen a revelaciones privadas ni que apareció de improviso en la Iglesia, sino que brotó espontáneamente de la fe viva y de la piedad ferviente de las almas predilectas hacia la persona adorable del Redentor y hacia aquellas gloriosas heridas suyas, testimonio de su amor inmenso, que íntimamente conmueven los corazones. Es evidente, por tanto, que las revelaciones de que fué favorecida Santa Margarita María no añadieron nada nuevo a la doctrina católica. Su importancia consiste en que — al mostrar el Señor su Corazón Sacratísimo — de modo extraordinario y singular quiso atraer la consideración de los hombres a la contemplación y a la veneración del amor misericordiosísimo de Dios para con el género humano. De hecho, mediante una manifestación tan excepcional, Jesucristo expresamente y repetidas veces indicó su Corazón como símbolo con que estimular a los hombres al conocimiento y a la estima de su amor; y al mismo tiempo lo constituyó como señal y prenda de misericordia y de gracia para las necesidades de la Iglesia en los tiempos modernos.

(98) Cfr. Litt. Enc. «Miserentissimus Redemptor». A. A. S. XX, 1928. pp. 167-168.

c) *Aprobación pontificia de la fiesta del Corazón Sacratísimo de Jesús.*

Una prueba evidente de que este culto promana de las fuentes mismas del dogma católico la dá el hecho de que la aprobación de la fiesta litúrgica por parte de la Sede Apostólica precedió a la de los escritos de Santa Margarita María. En realidad, independientemente de toda la revelación privada, y secundando sólo los deseos de los fieles, la Sagrada Congregación de Ritos, con decreto del 25 de enero de 1765, aprobado por nuestro predecesor Clemente XIII el 6 de febrero del mismo año, concedió a los Obispos de Polonia y a la Archicofradía Romana del Sagrado Corazón de Jesús la facultad de celebrar la fiesta litúrgica. Con este acto quiso la Santa Sede que tomase nuevo incremento un culto ya en vigor, cuyo fin era «reavivar simbólicamente el recuerdo de amor divino» (99), que había llevado al Salvador a hacerse víctima de expiación por los pecados de los hombres.

A esta primera aprobación, dada en forma de privilegio y limitada, siguió otra, a distancia casi de un siglo, de importancia mucho mayor y expresada en términos más solemnes. Nos referimos al decreto de la Sagrada Congregación de Ritos del 23 de agosto de 1856, anteriormente mencionado, con el cual nuestro predecesor Pío IX, de inmortal memoria, acogiendo las súplicas de los Obispos de Francia y de casi todo el mundo católico, extendió a toda la Iglesia la fiesta del Corazón Sacratísimo de Jesús y prescribió su celebración litúrgica (100). Este hecho merece ser recomendado al recuerdo perenne de los fieles, pues, como vemos escrito en la liturgia misma de esta festividad, «Desde aquel día el culto del Sacratísimo Corazón, como río desbordado, superó todos los obstáculos y se difundió por todo el mundo».

De cuanto hemos expuesto hasta ahora aparece evidente, venerables hermanos, que en los textos de la Sagrada Escritura, en la tradición y en la sagrada liturgia es donde los fieles han de encontrar principalmente los manantiales límpidos y profundos del culto al Corazón Sacratísimo de Jesús si desean penetrar en su íntima naturaleza y sacar de su pía meditación alimento e incremento del fervor religioso. Iluminada y penetrando más íntimamente mediante esta meditación asidua, el alma fiel no podrá menos de llegar a aquel dulce conocimiento de la caridad de Cristo, en el cual se compendia toda la vida cristiana, como instruído de

(99) Cfr. A. Gardellini, «*Decreta authentica*», 1857, n. 4570, t. III. p. 174.

(100) Cfr. «*Decr. S. C Rit.*» apud N. Nilles. *De ratió nibus festorum Sacratissimi Cordis Iesu et purissimi Cordis Mariae*, 5.^a ed. Innsbruck 1885, t. I. p. 167.

la propia experiencia, lo enseña el Apóstol: «Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo..., para que, según las riquezas de su gloria, os conceda por medio de su Espíritu el ser fortalecidos en virtud en el hombre interior, y el que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, estando arraigados y cimentados en caridad; a fin de que podáis... conocer también aquel amor de Cristo, que sobrepaja a todo conocimiento, para que seáis plenamente colmados de toda la plenitud de Dios» (101). De esta universal plenitud es precisamente imagen espléndida el Corazón de Jesucristo: plenitud de la misericordia propia del Nuevo Testamento, en el cual «Dios nuestro (102); Salvador ha manifestado su benignidad y amor para con los hombres» pues «no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve» (103).

d) Espiritualidad y excelencia del culto al Corazón Sacratísimo de Jesús.

Ha sido constante persuasión de la Iglesia, maestra de verdad para los hombres, desde cuando promulgó los primeros documentos oficiales relativos al culto del Corazón Sacratísimo de Jesús, que los elementos esenciales de él, es decir, los actos de amor y de reparación tributados al amor infinito de Dios para con los hombres, lejos de estar contaminados de materialismo y de superstición, constituyen una forma de piedad, en la que se actúa plenamente aquella religión espiritual y verdadera que anunció el Salvador mismo a la Samaritana: «Ya llega tiempo, y ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (104).

No es, por tanto, lícito afirmar que la contemplación del Corazón físico de Jesús impide llegar al amor íntimo de Dios y que retarda el progreso del alma en el camino que conduce a la posesión de las más excelsas virtudes. La Iglesia rechaza completamente este falso misticismo, como, por boca de nuestro predecesor Inocencio XI, de feliz memoria, condenó la doctrina de los que divulgaban que «no deben (las almas de esta vía interna) hacer actos de amor a la Santísima Virgen, a los santos o a la humanidad de Cristo, porque siendo estos objetos sensibles, el amor que a ellos se dirige tiene que ser también sensible. Ninguna criatura, ni aun la Santísima Virgen y los santos, debe pene-

(101) Eph. 3, 14, 16-19.

(102) Tit. 3, 4.

(103) Io. 3, 17.

(104) Io. 4, 23-24.

trar en nuestro corazón, porque Dios sólo quiere ocuparlo y poseerlo» (105). Los que así piensan son, naturalmente, de opinión que el simbolismo del Corazón de Cristo no se extiende más que a su amor sensible y que, por consiguiente, no puede constituir nuevo fundamento del culto de latría, que está reservado a lo que esencialmente es divino. Ahora bien, una interpretación semejante de las sagradas imágenes todo el mundo ve que es absolutamente falsa, porque coarta injustamente su significado. Contraria es la opinión y la enseñanza de los teólogos católicos, entre los cuales Santo Tomás escribe así: «A las imágenes se les tributa culto religioso, no consideradas en sí mismas, es decir, en cuanto realidades, sino en cuanto son imágenes que nos llevan hasta Dios encarnado. El movimiento del alma hacia la imagen, en cuanto es imagen, no se para en ella, sino que tiende al objeto representado por la imagen. Por consiguiente, del tributar culto religioso a las imágenes de Cristo no resulta un culto de latría diverso ni una virtud de religión distinta» (106). A la persona misma del Verbo llega, pues, el culto relativo tributado a sus imágenes, sean éstas las reliquias de su acerba pasión, sea la imagen que supera a todas en valor expresivo, es decir, el Corazón herido de Cristo crucificado.

Y así del elemento corpóreo, que es el Corazón de Jesucristo, y de su natural simbolismo, es legítimo y justo que, llevados por las alas de la fe, nos elevemos no sólo a la contemplación de su amor sensible, sino más alto, hasta la consideración y adoración de su excelentísimo amor infuso, y, finalmente, en un vuelo sublime y dulce a un mismo tiempo, hasta la meditación y adoración del amor divino del Verbo Encarnado; ya que la luz de la fe, por la cual creemos que en la persona de Cristo están unidas la naturaleza humana y la naturaleza divina, podemos concebir los estrechísimos vínculos que existen entre el amor sensible del Corazón físico de Jesús y su doble amor espiritual, el humano y el divino. En realidad, estos amores no se deben considerar sencillamente como coexistentes en la adorable persona del Redentor divino, sino también como unidos entre sí con vínculo natural, en cuanto al amor divino están subordinados el humano, espiritual y el sensible, los cuales son una representación analógica de aquél. No pretendemos con esto que en el Corazón de Jesús haya que ver y adorar la que llaman imagen formal, es decir, la representación perfecta y absoluta de su amor divino, no siendo posible representar adecuadamente con ninguna imagen criada la íntima esencia de este amor; pero el alma fiel, venerando el Corazón de Jesús

(105) Innocentius XI, Const. Ap. «Coelestis Pastor», 19 Novembris, 1687; Bullarium Romanum. Romae, 1734, t. VIII, p. 443.

(106) «Sum Theol.» II-II, q. 81, a. 3 ad 3m. ed. Leon. t. IX, 1997, p. 180.

adora juntamente con la Iglesia el símbolo y como la huella de la caridad divina, la cual ha llegado hasta a amar con el Corazón del Verbo Encarnado al género humano, contaminado con tantos crímenes.

Es, por tanto, necesario en este argumento tan importante como delicado, tener siempre presente que la verdad del simbolismo natural, que relaciona el Corazón físico de Jesús con la persona del Verbo, descansa toda ella en la verdad primaria de la unión hipostática; quien esto negase renovarían errores condenados más de una vez por la Iglesia, por ser contrarios a la unidad de la persona de Cristo en dos naturalezas íntegras y distintas.

Esta verdad fundamental nos permite entender cómo el Corazón de Jesús es el corazón de una persona divina, es decir, del Verbo Encarnado, y que, por consiguiente, representa y pone ante los ojos todo el amor que nos ha tenido y nos tiene aún. Y aquí está la razón por qué el culto al Sagrado Corazón se considera en la práctica, como la más completa profesión de la religión cristiana. Verdaderamente, la religión de Jesucristo se funda toda en el Hombre-Dios Mediador; de manera que no se puede llegar al Corazón de Dios sino pasando por el Corazón de Cristo, conforme a lo que El mismo afirmó: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí» (107). Siendo esto así, fácilmente deducimos que el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús es, por la naturaleza misma de las cosas, el culto al amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo, y, al mismo tiempo, el ejercicio del amor que nos lleva a Dios y a los otros hombres; o, dicho de otra manera, este culto se dirige al amor de Dios para con nosotros, proponiéndolo como objeto de adoración, de acción de gracias y de imitación; y tiene por fin la perfección de nuestro amor a Dios y a los hombres mediante el cumplimiento cada vez más generoso del mandamiento «nuevo», que el Divino Maestro legó como sagrada herencia a sus apóstoles cuando les dijo: «Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros, como yo os he amado... El precepto mío es que os améis unos a otros como yo os he amado» (108). Este mandamiento verdaderamente es «nuevo» y «propio» de Cristo; porque, como dice Santo Tomás de Aquino: «Poca diferencia hay entre el Antiguo y Nuevo Testamento»; pues como dice Jeremías: «Haré un pacto nuevo con la casa de Israel» (109). Pero el que este mandamiento se practicara en el Antiguo Testamento a impulsos de un santo temor y amor ha de atribuirse al influjo del Nuevo Testamento; de suerte que este man-

(107) Io, 14, 6.

(108) Io. 13, 34; 15, 12.

(109) Ier. 31, 31.

damiento existía en la antigua ley, no como propio de ella, sino como preparación de la nueva ley» (110).

V

EXHORTACION A UNA PRACTICA MAS PURA Y MAS EXTENDIDA DEL CULTO AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

a) *Invitación a comprender y practicar mejor las varias formas de la devoción al Corazón de Jesús.*

Antes de terminar las consideraciones tan hermosas y tan consoladoras que os hemos ido haciendo sobre la naturaleza auténtica de este culto y su cristiana excelencia, Nos, conscientes del oficio apostólico, confiado en primer lugar a San Pedro, después que por tres veces hubo profesado su amor a Jesucristo Nuestro Señor, creemos conveniente exhortaros una vez más, venerables hermanos, y por vuestro medio exhortar a todos los queridísimos hijos que en Cristo tenemos, a que os esforcéis con creciente entusiasmo por promover esta suavísima devoción, pues confiamos que de ella han de brotar grandísimos provechos también en nuestros tiempos.

A la verdad, si se ponderan debidamente los argumentos sobre los que se funda el culto al Corazón herido de Jesús, todos verán claramente que aquí no se trata de una forma cualquiera de piedad, que uno pueda posponer a otras o tenerla en menos, sino de una práctica religiosa sumamente apta para conseguir la perfección cristiana. Si «la devoción —según el concepto teológico tradicional, expresado por el Doctor Angélico— no es otra cosa que la voluntad pronta de dedicarse a cuanto se relaciona con el servicio de Dios» (111), ¿puede haber servicio divino, más debido y más necesario, y al mismo tiempo más noble y suave que el que se presta a su amor? ¿Qué cosa puede haber más grata y acepta a Dios que el servicio que se hace a la caridad divina y se hace por amor, siendo todo servicio voluntario, en cierto modo, un don, y constituyendo el amor «el don primero y origen de todos los dones gratuitos?» (112). Es digna, pues, de sumo aprecio una forma de culto mediante la cual el hombre honra y ama más a Dios y se consagra con mayor facilidad y libertad a la caridad divina; forma de culto que nuestro mismo Redentor

(110) «Comment. in Evang. S. Ioan.» c. XIII, lect. 7, 3; ed. Parmae, 1860, t. X, p. 541.

(111) «Sum. Theol.» II-II, q. 82, a. 1; ed. Leon. t. IX, 1897, p. 187.

(112) Ibid. I, q. 38, a. 2; ed. Leon. t. IV, 1888, p. 393.

se dignó proponer y recomendar al pueblo cristiano y los Sumos Pontífices han confirmado con memorables documentos y han enaltecido con grandes alabanzas. Por eso, quien tuviere en poco este insigne beneficio que Jesucristo ha dado a su Iglesia, procedería temeraria y perniciosamente y ofendería al mismo Dios.

Esto supuesto, no se puede dudar que los cristianos que honran al Sacratísimo Corazón del Redentor cumplen el deber, por demás gravísimo, que tienen de servir a Dios, y que juntamente se consagran a sí mismos y todas sus cosas, sus sentimientos internos y su actividad externa, a su Creador y Redentor, y que de este modo observan aquel divino mandamiento: «Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (113). Tienen, además, la certeza de que a honrar a Dios no les mueve principalmente el provecho personal, corporal o espiritual, temporal o eterno, sino la bondad del mismo Dios, a quién procuran obsequiar con correspondencia de amor, con actos de adoración y con la debida acción de gracias. Si así no fuese, el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús no respondería al carácter genuino de la religión cristiana, puesto que con tal culto el hombre no honraría principalmente el amor divino; y no sin motivo, como a veces sucede, se podría tachar de excesivo amor y solicitud por sí mismos a los que entienden mal esta nobilísima devoción o no la practican convenientemente. Tengan, pues, todos la firme persuasión de que en el culto al augustísimo Corazón de Jesús lo más importante no son las prácticas externas de piedad, y que el motivo principal de abrazarlo no ha de ser la esperanza de los beneficios que Cristo Nuestro Señor ha prometido en revelaciones, por demás privadas, precisamente para que los hombres cumplan con más fervor los principales deberes de la religión católica, a saber, el deber del amor y el de la expiación, así también obtengan, de la mejor manera, su propio provecho espiritual.

Exhortamos, pues, a todos nuestros hijos en Cristo, a practicar con entusiasmo esta devoción, tanto a los que ya acostumbran a beber las aguas salubres que manan del Corazón del Redentor, como, sobre todo, a los que, a guisa de espectadores, miran de lejos, con curiosidad y duda. Consideren éstos con atención que se trata de un culto, como ya dijimos, desde hace tiempo arraigado en la Iglesia, y que se apoya sólidamente en los mismos Evangelios; un culto en cuyo favor está claramente la tradición y la sagrada liturgia, y que los mismos Romanos Pontífices han ensalzado con muchas y grandes alabanzas: pues no se contentaron con instituir una fiesta en honor del Corazón del Redentor y extenderla a toda la Iglesia, sino que tomaron la iniciativa de

(113) Marc. 12, 30; Matth. 22, 37.

dedicar y consagrar con rito solemne todo el género humano al mismo Sacratísimo Corazón (144). Consideren, finalmente, los frutos copiosos y consoladores que la Iglesia ha recogido de esta devoción: innumerables conversiones a la religión católica, la fe de muchos reavivada, la unión más estrecha de los cristianos con nuestro amantísimo Redentor: frutos todos que, sobre todo en estos últimos decenios, se han observado con mayor frecuencia y esplendidez.

Al contemplar este magnífico espectáculo de la extensión y el fervor con que la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús se ha propagado en toda clase de fieles, nos sentimos llenos de gozo y de consuelo; y después de dar las debidas gracias a nuestro Redentor, que es tesoro infinito de bondad, no podemos menos de congratularnos paternalmente con todos los que han contribuído eficazmente a promover este culto, ya pertenezcan al clero o al elemento seglar.

b) *Grande utilidad del culto al Sagrado Corazón de Jesús en las actuales necesidades de la Iglesia.*

Aunque la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, venerables hermanos, ha producido en todas partes frutos saludables de vida cristiana, sin embargo nadie ignora que la Iglesia militante en la tierra y, sobre todo, la sociedad civil no han alcanzado aún el grado de perfección que corresponde a los deseos de Jesucristo, Esposo Místico de la Iglesia y Redentor del género humano. No son pocos los hijos de la Iglesia que afean con numerosas manchas y arrugas el rostro materno, que en sí mismo reflejan; no todos los cristianos brillan por santidad de costumbres, a que por vocación divina están llamados; no todos los pecadores, que en mala hora abandonaron la casa paterna, han vuelto para de nuevo vestirse en ella el vestido precioso (115) y ponerse en el dedo el anillo, símbolo de fidelidad para con el Esposo de su alma; no todos los infieles se han incorporado aún al Cuerpo Místico de Cristo. Hay más. Porque si bien nos llena de amargo dolor el ver languidecer la fe en los buenos, y contemplar cómo, por el falaz atractivo de los bienes terrenales, decrece en sus almas y poco a poco se apaga el fuego de la caridad divina, mucho más nos atormentan las maquinaciones de los impíos, que, ahora más que nunca, parecen incitados por el enemigo infernal en el odio im-

(114) Cfr. Leo XIII, Enc. «Annum Sacrum»: Acta Leonis vol. XIX, 1900 p. 71 sq.; Decr. S. C. Rituum, 28 Iun. 1899, in Decr. Auth. III n. 3712; Pius XI, Enc. «Misericordissimus Redemptor»: A. A. S., 1928, p. 177 sq.; Decr. S. C. Rit., 29 Ian. 1929: A. A. S. XXI, 1929, p. 77.

(115) Luc. 15, 22.

placable y abierto contra Dios, contra la Iglesia y, sobre todo, contra aquel que representa en la tierra la persona del Divino Redentor y su caridad para con los hombres, según la conocidísima frase del Doctor de Milán: «[Pedro] es interrogado acerca de lo que se duda, pero no duda el Señor; pregunta, no para saber, sino para enseñar al que, en su ascensión al cielo, nos dejaba como vicario de su amor» (116).

Ciertamente, el odio contra Dios y contra los que legítimamente hacen sus veces es el mayor delito que puede cometer el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios y destinado a gozar de su amistad perfecta y eterna en el cielo; puesto que por el odio a Dios el hombre se aleja lo más posible del Sumo Bien, se siente impulsado a rechazar de sí y de sus prójimos cuanto viene de Dios, cuanto une con Dios, cuanto conduce a gozar de Dios, o sea, la verdad, la virtud, la paz, y la injusticia (117).

Pudiendo, pues, observar que, por desgracia, el número de los que se jactan de ser enemigos del Señor eterno crece en algunas partes, y que los falsos principios del materialismo se difunden teórica y prácticamente; y oyendo cómo continuamente se exalta la licencia desenfrenada de las pasiones, ¿qué tiene de extraño que en muchas almas se enfríe la caridad, que es la suprema ley de la religión cristiana, el fundamento más firme de la verdadera y perfecta justicia, el manantial más abundante de la paz y de las castas delicias? Ya lo advirtió nuestro Salvador: «Por la inundación de los vicios, se resfriará la caridad de muchos» (118).

c) *El culto al Sagrado Corazón de Jesús, lábaro de salvación también para el mundo moderno.*

A la vista de tantos males que, hoy como nunca, trastornan profundamente a los individuos, las familias, las naciones y el orbe entero, ¿dónde, venerables hermanos, hallaremos un remedio eficaz? ¿Podremos encontrar alguna devoción que aventaje al culto augustísimo del Corazón de Jesús, que responda mejor a la índole propia de la fé católica, que satisfaga con más eficacia las necesidades actuales de la Iglesia y del género humano? ¿Qué homenaje religioso más noble, más suave y más saludable que este culto que se dirige todo a la caridad de Dios? (119). Por último, ¿qué puede haber más eficaz que la caridad de Cristo —que la de-

(116) «Exposit. in Evang. sec. Lucam», t. X. n. 175: P. I. XV. 1942.

(117) Cfr. S. Thom. «Sum. Theol.» II-II, q. 34, a 2; ed Leon. t. VIII, 1895 p. 274.

(118) Matth., 24, 12.

(119) Cfr. En. «Misericentissimus Redemptor»: A.A.S. XX. 1928, p. 166.

voción al Sagrado Corazón promueve y fomenta cada día más— para estimular a los cristianos a practicar en su vida la ley evangélica, sin la cual no es posible que haya entre los hombres paz verdadera, como claramente enseñan aquellas palabras del Espíritu Santo: «Obra de la justicia será la paz?» (120).

Por lo cual, siguiendo el ejemplo de nuestro inmediato antecesor, queremos recordar de nuevo a todos nuestros hijos en Cristo la exhortación que León XIII, de feliz memoria, al expirar el siglo pasado, dirigió a todos los cristianos y a cuantos se sentían sinceramente preocupados por su propia salvación y por la salud de la sociedad civil: »Ved hoy ante vuestros ojos un segundo lábaro consolador y divino: el Sacratísimo Corazón de Jesús..., que brilla con resplandeciente esplendor entre las llamas. En El hay que poner toda nuestra confianza; a El hay que suplicar y de El hay que esperar nuestra salvación» (121).

Deseamos también vivamente que cuantos se glorían del nombre de cristianos y combaten activamente por establecer el reino de Jesucristo en el mundo, consideren la devoción al Corazón de Jesús como bandera y manantial de unidad, de salud y de paz. No piense ninguno que esta devoción perjudique en nada a las otras formas de piedad con que el pueblo cristiano, bajo la dirección de la Iglesia, venera al divino Redentor. Al contrario, una ferviente devoción al Corazón de Jesús fomentará y promoverá, sobre todo, el culto a la santísima Cruz, no menos que el amor al augustísimo Sacramento del Altar. Y en realidad podemos afirmar— como lo ponen en evidencia las revelaciones de Jesucristo a Santa Gertrudis y a Santa Margarita María— que ninguno llegará a sentir debidamente de Jesucristo crucificado, si no es penetrando en los arcanos de su corazón. Ni será fácil entender el ímpetu del amor con que Jesucristo se nos dio a sí mismo por alimento espiritual, si no es fomentando la devoción al Corazón Eucarístico de Jesús: la cual —para valernos de las palabras de nuestro predecesor, de feliz memoria, León XIII— nos recuerda «aquél acto de amor sumo con que nuestro Redentor, derramando todas las riquezas de su Corazón, a fin de prolongar su estancia con nosotros hasta la consumación de los siglos, instituyó el adorable Sacramento de la Eucaristía» (122). Ciertamente, «no es pequeña la parte que en la Euca-

(120) Is. 32, 17.

(121) Enc. «Annum Sacrum»: Acta Leonis, vol. XIX, 1900, p. 79; Enc. «Misericordissimus Redemptor»: A. A. S. XX, 1928, p. 167.

(122) «Litt. Apert. quibus Archisodalitas a Corde Eucharistico Iesu ad S. Ioaachim de Urbe erigitur», 17 Febr. 1903: Acta Leonis. vol. XXII, 1903, p. 307 sq.: cfr. Enc. «Mirae caritatis», 22 Maii 1902: Acta Leonis, vol. XXII, 1903, p. 116.

ristía tuvo su corazón, siendo tan grande el amor de su Corazón con que nos la dió» (123).

Finalmente, deseando ardientemente poner una segura barrera contra las impías maquinaciones de los enemigos de Dios y de la Iglesia, como también hacer volver las familias y las naciones al amor de Dios y del prójimo, no dudamos en proponer la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como escuela aficacísima de caridad divina; de esta caridad divina sobre la cual se ha de construir el reino de Dios en las almas de los individuos, en la sociedad doméstica y en las naciones, como sabiamente advirtió nuestro mismo predecesor, de pía memoria: «El reino de Jesucristo recibe su fuerza y su hermosura de la caridad divina: su fundamento y su síntesis es amar santa y ordenadamente. De lo cual se sigue necesariamente el cumplir íntegramente los propios deberes, el no violar los derechos ajenos, el considerar los bienes naturales como inferiores a los sobrenaturales y el anteponer el amor de Dios a todas las cosas» (124).

A fin de que la devoción al Corazón augustísimo de Jesús produzca más copiosos frutos en la familia cristiana y aun en toda la humanidad, procuren los fieles unir a ella estrechamente la devoción al Corazón Inmaculado de la Madre de Dios. Ha sido voluntad de Dios que, en la obra de la Redención humana, la Santísima Virgen María estuviese inseparablemente unida con Jesucristo; tanto que nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos, a los cuales fueron consociados íntimamente el amor y los dolores de su Madre. Por eso conviene que el pueblo cristiano, que de Jesucristo por medio de María ha recibido la vida divina, después de haber dado al Sagrado Corazón de Jesús el debido culto, rinda también al amantísimo Corazón de su Madre celestial los correspondientes obsequios de piedad, de amor, de agradecimiento y de reparación. En armonía con este sapientísimo y suavísimo designio de la divina Providencia, Nos mismo, con acto solemne, dedicamos y consagramos la santa Iglesia y el mundo entero al Corazón Inmaculado de la Santísima Virgen María (125).

d) *Invitación a celebrar dignamente el primer centenario de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en la Iglesia universal.*

Cumplíendose felizmente este año, como indicamos antes, el primer siglo de la institución de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús

(123) S. Albertus M. «De Eucharistia», dist. VI, tr. 1. c. 1: Opera Omnia; ed. Borgnet, vol. XXXVIII, Parisii, 1890, p. 358.

(124) Enc. «Tametsi». Acta Leonis, vol. XX, 1900, p. 303.

(125) Cfr. A. A. S. XXIV, 1942, p. 345 sq.

en toda la Iglesia por nuestro predecesor Pío IX, de feliz memoria, es vivo deseo nuestro, venerables hermanos, que el pueblo cristiano celebre en todas partes solemnemente este centenario, con actos públicos de adoración, de acción de gracias y de reparación al Corazón divino de Jesús. Con especial fervor se celebrarán, sin duda, estas solemnes manifestaciones de alegría cristiana y de cristiana piedad en unión de caridad y comunión de oraciones con todos los demás fieles en aquella nación en la cual, por designio de Dios, nació la Santa Virgen que fué promotora y propagadora infatigable de esta devoción.

Entre tanto, animados de dulce esperanza, y presagiando ya los frutos espirituales que han de redundar copiosamente en la Iglesia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, si ésta, según hemos explicado, se entiende rectamente y se practica con fervor, suplicamos a Dios que, con el poderoso auxilio de su gracia, quiera acordar estos nuestros vivos deseos, y hacer que, con la ayuda divina, las celebraciones de este año aumenten cada vez más la devoción de los fieles al Sagrado Corazón de Jesús, y así se extienda más por todo el mundo su imperio y reino suavísimo: ese «reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz» (126).

Como presagio de estos dones celestiales, os impartimos de todo corazón la bendición apostólica, tanto a vosotros personalmente, venerables hermanos, como al clero y a todos los fieles encomendados a vuestra solícitud pastoral, y en especial a aquellos que de propósito fomentan y promueven la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

En Roma, junto a San Pedro, el 15 de mayo de 1956, año XVIII de nuestro pontificado.

PIUS PP. XII

(Traducción castellana de *Ecclesia*).

Anuncios

Dos Becas para las Facultades de Derecho o de Teología

Entre las Becas anunciadas por la Junta de Colegios Universitarios de Salamanca, se encuentran dos para las Facultades de Derecho o de Teología.

El anuncio de las referidas Becas apareció en el Boletín Oficial del

(126) Ex. Miss. Rom. «Praef. Iesu Christi Regis».

Estado del día 5 de los corrientes, núm. 187, pág. 4.412, y en él figuran los detalles requeridos; terminando el plazo para solicitar el día 31 de julio actual.

Las instancias y demás documentación deberán ser presentadas en la Secretaría General de la Universidad Literaria de Salamanca, Patio de Escuelas, núm. 1, y las primeras deberán ir dirigidas al Magnífico y Excelentísimo Sr. Rector.

III Coloquios de Pastoral Litúrgica

(Organizados por la Junta Nacional de Apostolado Litúrgico)

Patrocinados por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Arturo Tavera, Obispo de Albacete, tendrán lugar en dicha ciudad los III Coloquios de Pastoral Litúrgica que organiza la «Junta Nacional de Apostolado Litúrgico».

Fechas: del 28 al 31 de agosto.

Tema general: «Pastoral y Liturgia del domingo».

Son invitados a asistir todos los sacerdotes, quienes podrán alojarse en el Seminario Diocesano, de reciente construcción. Dirigirse oportunamente al M. I. Sr. Rector del Seminario solicitando plaza.

Precio de la pensión, 40 pesetas diarias.

Los Coloquios comenzarán el día 28 (martes), a las doce de la mañana, para terminar el 31 (viernes), a mediodía.

Peregrinación a Tierra Santa

La *Junta Nacional Española de Peregrinaciones*, en su deseo de complacer las numerosas peticiones recibidas, organizará del 17 septiembre al 13 de octubre próximos, su XXII Peregrinación a los Santos Lugares, presidida por un Reverendísimo Prelado, con el itinerario acostumbrado visitando: Génova, Nápoles, El Pireo (Atenas), Limasol (Isla de Chipre), Haifa, Nazareth, Tiberiades, Monte Carmelo, Monte Tabor, Jerusalén, Belén, Mar Muerto, Río Jordán, Amman, Damasco, Baalbeck, Alejandría (Cairo), Siracusa, Nápoles (Roma), Génova, Niza.

Para inscripciones e información dirigirse a *Junta Nacional Española de Peregrinaciones*, Avda. José Antonio, 34, Madrid, Teléfonos 213390 y 321629.